

Cuando cayó la noche del jueves en casa de los Bachelier bajo el frío y las nubes, un hombre estaba fuera esperando para entrar y cometer un delito que le cambiaría la vida a él y a otros. Ya había planeado su estrategia para entrar en silencio a robar un caballo, luego irse a Francia y así reiniciar la vida junto a su mujer. El predio al que iba a ingresar era de unas cincuenta hectáreas entre corrales, la casa familiar y los obreros con sus pequeñas moradas, todo ello sin contar con el campo alledaño donde se hacían los cultivos.

Alphonse, el dueño y patrón de la gran hacienda, como cada jueves, tenía su baño a las ocho en punto. Luego comería una fruta sin terminar antes de la cena, para luego unirse a las partidas de cartas junto a Joseph, su mano derecha, y otros campesinos. Su habano estaba siempre listo igual que el whisky. Siempre se hacía asear por una de sus jóvenes criadas para más placer. Aunque permanecía con su rostro serio y parco como de costumbre.

Al otro lado de la cerca Paul observaba cómo todo se repetía exactamente igual semana tras semana. Le pareció que los años no habían transcurrido desde que se había ido de allí. Tenía la convicción de que no era vida para nadie y el trato, mucho menos.

Llevaba unas botas largas negras, saco, sombrero y pantalón del mismo color que estas. Esperó tranquilo a que todos se fueran a sus puestos para descansar y el hombre que hacía de sereno estaba aún sin hacer la primera ronda después de la cena. Entonces dejó la verja abierta que tenía casi dos metros de altura y para evitar que se cierre colocó un leño grande y la trabó. Fue despacio y atravesó los primeros metros con el temor de ser descubierto. Avanzó mirando a cada lado y por cada rincón. Llegó al fin a la caballeriza que estaba al fondo del predio e ingresó con cuidado hasta llegar a su querido y viejo amigo, Radiant. Este no se alarmó, sino que

lo reconoció y permaneció tranquilo. Paul lo abrazó con cariño y se lo llevó lentamente hasta encontrar una carreta que le pudiera sujetar. Tomó la rienda de cuero y salieron sin hacer nada de ruido. Solo dejaban las marcas por medio del camino. Alguna vaca mugía mientras escapaba con el frisón negro, tenía una pequeña mancha blanca en su enorme hocico, era el mejor y más joven de todos. El más veloz y codiciado por todos, incluso estaba a punto de partir hacia otro destino. Paul estaba decidido a tomar revancha por los años anteriores que había estado allí junto a su madre, cuya mujer no tuvo la fortuna de volver a ver luego de que se suicidara, estuvo totalmente alterada los últimos años y tenía muchos secretos que apenas tenía registrados su hijo. El silencio y el dolor la llevaron lejos de Paul, él la recordaba trabajando duro junto con él, pero siempre con la misma sonrisa para no dejarse vencer.

Joseph era el capataz de la estancia Bachelier y estaba siempre atento a cualquier cosa que su jefe, Alphonse, le pidiera y jamás podría decirle que no a cualquier cosa que le solicitara pues tenía una confianza absoluta. El jueves mientras don Alphonse tomaba su baño, Joseph estaba ya en su casa, a un costado de la de los Bachelier, vivía solo pero siempre se buscaba alguna compañera de turno y la hacía ingresar por la parte de los cultivos. Justamente esa noche no tuvo ninguna mujer que lo visite y se puso a beber un poco de licor. Oyó algunos ruidos cerca y salió se asomó por la ventana, pero no vio a nadie.